

FINA CASALDERREY

TANA

LA INVISIBLE

y la catástrofe
inminente



Ilustraciones de
Lucía Cobo

edebé

FINA CASALDERREY

TANA

LA INVISIBLE

y la catástrofe
inminente

FINA CASALDERREY

TANA

LA INVISIBLE

y la catástrofe
inminente

Ilustraciones de
Lucía Cobo

edebé

Título original: *TANA A INVISIBLE e a catástrofe iminente*

Traducción de la propia autora.

© Texto: Fina Casalderrey, 2026

© Ilustraciones: Lucía Cobo, 2026

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebé.com

Dirección editorial: Reina Duarte

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño: Book & Look

1.^a edición, septiembre 2026

ISBN: 978-84-683-7720-9

Depósito legal: B. 11813-2026

Impreso en España / Printed in Spain



PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Noema y a Noara,
dos brotes nuevos de mi árbol.*

*A ti, que posees la voluntad
de cambiar todo lo feo
que hay en el mundo.*



Quizás a estas alturas ya me conozcas. Por si las moscas, te cuento.

Soy Tana. Vaya, soy Cayetana. En mi casa encogemos los nombres como si fueran jerséis de lana metidos en agua muy caliente. A papá le llamamos Genio, aunque no viva dentro de una lámpara maravillosa y en su DNI aparezca como «Eugenio». A la tía abuela Fabiana, la científica, le decimos Ana, lo mismo que al abuelo Basileo, hermano del alma de la tía abuela, le llamamos Leo.

Al abuelo ese nombre le viene perfecto; anda siempre con un libro en la mano como

quien lleva una botella de agua. El abuelo Leo tiene mucha sed de leer.

A mi hermana, que es bastante mayor que yo, le decimos Lope y no, Penélope.

Tan sólo mi madre conservó siempre el nombre completo: Fe. Si se lo encogiésemos, le desaparecería, como desapareció ella un domingo de noviembre. Dicen que de ella heredé el miedo a las arañas y la pasión por la arquitectura. ¡Me encanta fabricar casetas de perro!

Celta, mi perrita, e Ígor, mi mejor amigo, también mantienen el nombre entero. Ígor tiene un segundo nombre, Yuri; pero yo solo lo llamo así cuando no me hace caso. La única persona que incumple la norma es Hermelinda, nuestra empleada de hogar. A Linda le gusta llamarnos «Lopita», «Tanita», «Celtita»...

Por cierto, Celta es muy habladora. Cuando alguien pregunta cualquier cosa, ella siempre responde: «¡Guau!».

Tengo más o menos tu edad. Me gusta el balonmano. Soy menuda de cuerpo y colecciono todas las alergias del mundo. Soy hipersensible a las personas que mienten siempre, a las que no mienten nunca, a los truenos, a los malos momentos de papá... También me dan reacción las plumas de gallina, los pelos de gato, el polen de las flores, el de los olivos y el polvo que convierte los muebles en tableros en los que se puede escribir con el dedo. A veces me cuesta respirar y, si estoy nerviosa, sudo mucho.

A pesar de eso, antes era una niña normal, creo... Ahora soy diferente de todas las demás compañeras del colegio, del barrio, de la ciudad y hasta del planeta entero:

¡PUEDO HACERME INVISIBLE!

Tal vez siga escribiendo mis hazañas en cuadernos íntimos, que solo compartiré contigo.

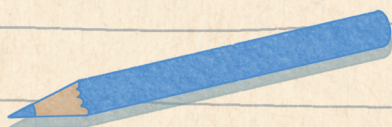
TOP SECRET.

Si te sumerges en estas páginas, sabrás lo cerca que estuve de presenciar la destrucción del planeta.

Y si quieres conocer al detalle cómo conseguí las pastillas de la invisibilidad, cómo descubrí el poder de multiplicarlas solo con ponerlas al sol, cómo detecto cuándo me empiezan a hacer efecto o cuándo se me está pasando; o, si te interesa saber cómo conseguí mi traje de heroína, o el medallón donde siempre llevo un par de pastillas por si las necesito, te recomiendo que leas mi primer cuaderno secreto: *TANA LA INVISIBLE, aprendiz de heroína*. Y si sientes curiosidad por saber cómo me enfrenté a la epidemia de robos que entorpecieron la paz de Arenafina este verano, te aconsejo que busques *TANA LA INVISIBLE y los peores ladrones del mundo*.

¡Ah!, si descubro nuevos poderes, los compartiré contigo, pero no me delates, ¡por favor!

¡Schsss!



Ígor



Linda



Leo



Ana



Fe



Genio



Lope



Celta



Tana





El grito



El grito ahogado de Gloria, la conserje del colegio, fue la primera voz de alarma. Casi no se le oía y, aun así, resultaba horripilante. Gloria se llevaba las manos a la cabeza, los ojos se le salían de las órbitas y abría la boca como si algo hubiera atascado su garganta impidiéndole chillar, mientras corría desesperada hacia el portón de salida.

Nos asustamos mucho.

Pero voy a empezar por el principio...



¡Mi tutor es genial! También es un poco adivino, capaz de anticiparse a lo que va a suceder. Su nombre es Ricardo, aunque yo le digo Cardo. Él no se enfada. Sonríe.

La primera vez que lo llamé así, me respondió entre risas:

—¡Pues has de saber que el cardo es la flor nacional de Escocia!

Habló en tono solemne y a mí me dio la risa, porque sé que, diga lo que diga, las hojas de los cardos tienen espinas que pinchan. Sin embargo, este Cardo es diferente. Es el mejor maestro del mundo. Con él siempre nos lo pasamos pipa.

Aquella mañana entramos en el aula armando un escándalo exagerado. Hablábamos como si nos hubieran dado cuerda a la lengua.



Cardo, en lugar de enfadarse, se puso a dibujar en la pantalla interactiva una taza de café y al pie escribió «Frío». Como no parábamos, volvió a dibujar debajo la misma taza y escribió: «Tres minutos después, sigue frío». Y aún repitió la taza una tercera vez...

Cuando escribió «Seis minutos después, sigue frío», toda la clase se quedó en silencio, pendiente de aquel enigma. Él, sin soltar el lápiz digital, se giró hacia nosotros y nos dirigió una pregunta inesperada:

—¿Sabéis cuánto hay que gritar para calentar una tacita de café? —Enseguida arqueó las cejas y, con voz de confidente, susurró—: Si gritásemos ocho años, siete meses y seis días sin parar, la energía que produciríamos solo serviría para calentar una taza de café como esta.

—¡Uf! Entonces..., ¡esa energía no vale para nada! —dedujo Raúl.

—Cierto. Gritar no suele ser muy útil, aunque...

Sin terminar la frase, tocó uno de los iconos de la pantalla y apareció una imagen horrosa. Era un rostro desencajado, con la boca y los ojos muy abiertos. Se tapaba las orejas con las manos, como si no quisiera escuchar su propio grito estremecedor.

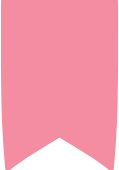
—¡Está gritando! —dijo Lola.

—He aquí la pintura más famosa del noruego Edvard Munch: *El grito* —aclaró el profe.

—¡Gritar, gritará, pero yo no lo oigo! —bromeó Raúl Guerra.

—Pues yo creo que este clamor se escuchó y sigue escuchándose en todo el mundo —aseguró Cardo.





Con el tema de los gritos y de los órganos que los pueden producir, llegamos a la conclusión de que el músculo más fuerte del cuerpo humano es la lengua y terminamos la clase hablando de la fuerza de la palabra para cambiar el mundo.

Así llegó la hora del recreo y salimos al patio felices, como siempre, sin imaginar que lo que iba a suceder en breve no sería más que el comienzo de una gran catástrofe.

En tropel, corrimos hasta el estanque del fondo para ver a Gloria limpiando las hojas que flotaban en el agua como tablas de surf. Después les echaría comida a los peces, que ya abrían la boca.

—Algo les pasa. No los veo como siempre —dijo mientras destapaba el bote de larvas de mosquito.

De repente sonó su móvil. Dejó la comida para peces y lo sacó del bolsillo. De inme-

diato lanzó un bramido silencioso, pero aterrador, y echó a correr asustada hacia la salida.

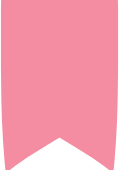
Nosotros también nos alarmamos. No entendíamos nada.

—¡Un taxi! ¡Un taxi que me lleve al hospital enseguida! —dijo al fin.

Su expresión desesperada no se me va de la cabeza. Se había puesto tan nerviosa que no era capaz de llamar por teléfono y mucho menos de conducir su propio coche. Mi tutor, que tenía libre en ese momento, se ofreció a acompañarla al hospital.



Cuando el profe llegó de vuelta, teníamos con él clase de Ciencias Naturales, pero primero queríamos saber qué le había pasado a Gloria.



—Las urgencias del hospital están colapsadas por gente con dolores intestinales. Quizás han comido algo en mal estado. Lo más extraño es que procedían de lugares diferentes. ¡No bebáis agua del grifo, no vaya a ser de eso!

Nos contó que había presenciado un espectáculo horroroso, que algunas personas estaban desfallecidas, otras saltaban de dolor de estómago o vomitaban... El personal médico estaba desbordado tratando de atender a todos los pacientes.

Fue entonces cuando supimos que el hijo pequeño de Gloria había ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos, ¡en la UCI! Y que él no era el único. Al vernos el pánico dibujado en las caras, Cardo cambió el tono de la conversación:

—Venga, ánimo. El hijo de la conserje se encuentra estable y seguro que se va a recuperar. Y las demás personas también. Peor

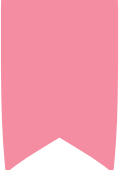
sería que fueran elefantes... —Bramó imitando con una mano su trompa y nos contó—: No lo toméis a broma. Los elefantes, siendo tan grandes, no podrían saltar por mucho que les doliese la barriga.

En ese momento pensé en si yo, cuando me vuelvo invisible, podría sentir dolor.



Lo primero que hice al llegar a casa fue comprobarlo. Me encerré en mi cuarto y me tomé un par de pastillas. Sabía que al tragarlas sin agua el efecto sería instantáneo: el calor que me sube hasta los ojos, el sabor a fresa en la boca... ¡Todo controlado! En apenas un parpadeo, ya me había vuelto invisible.

Era consciente de que en ese estado no sentiría ni frío ni calor, pero nunca se me había ocurrido experimentar con el dolor físico.



¿Qué podría probar sin ser demasiado molesto? No soy tan estúpida como para provocarme un daño irreparable. Se me ocurrió calzar unas botas que ya me quedaban un poco justas y me lastimaban en la punta del dedo gordo al caminar. Hacía tiempo que no me las ponía. Conseguí metérmelas, pero nada más ponerme en pie e intentar dar un paso, ya me estaban mordiendo como cocodrilos hambrientos.

Intenté liberarme de aquel suplicio y fue entonces cuando experimenté una tortura mayor. ¡No era capaz de sacármelas!

Así que, sentada como estaba, agité los brazos imitando las alas del colibrí. Tan rápido los moví que pronto recuperaré mi aspecto normal. Un poco estúpida sí que me sentí.

«Quizás no debería utilizar las pastillas tan a la ligera», pensé.

Media hora más tarde, Linda estaba dán-

dome un masaje reparador con crema hidratante en los pies, después de echarme polvos de talco y tirar de las botas como si fuera un sacacorchos.

—¡Por todas las hojas caídas en este otoño!
¿Cómo se te ha ocurrido semejante tontería,
Tanita?

